

En torno al Existencialismo

por Santiago del Castillo

I

Importancia actual del Existencialismo

LA filosofía, denominada —bien o mal— existencialista, es, cuando menos, el pretexto de que en nuestros días se hable mucho, quizá hasta demasiado, de filosofía; y tengo la vehemente sospecha de que no todos los que hablan de ella saben ni siquiera aproximadamente lo que se entiende ni por «filosofía» ni por «existencialista». Sin embargo, patente es el hecho de que, gracias al existencialismo, la palabra «filosofía» se ha hecho muy simpática a todo el mundo, y todo el mundo se cree filósofo. Entre otras cosas, pues, hay que agradecer ésta a la filosofía más difícil e intrincada que registra la historia del pensamiento filosófico.

Empero ese hecho banal —el de su asombrosa vulgarización—, ¿no será un signo que revele el entenebrecido trasfondo del alma de nuestros tiempos? La *sociología del saber* no nos podría proporcionar alguna explicación de este cuasi-furor actual por el existencialismo? Si se dilucidara este punto, no sería exclusivamente a base del fenómeno de su amplia divulgación; también habría que tener en cuenta la atracción que tan irresistiblemente ha ejercido y ejerce en amplios círculos intelectuales donde la seriedad y la sinceridad presiden las hondas reflexiones. El existencialismo —visto desde este ángulo— ofrece ese relieve

que no puede escapar a la consideración del que está condenado a pensar sobre las íntimas conexiones en nuestro mundo; en este mundo en el cual se están liquidando muchas cosas bien o mal tenidas como esenciales, mientras nuevos horizontes —no sabemos si mejores o peores que los que se nos están borrando— aparecen ante nuestra atónita mirada. ¿Será el existencialismo la fórmula de esa gran liquidación? Su inmensa popularidad? no responderá, por una parte, al pesimismo que cunde en todas las esferas sociales, a ese medular desacomodo existencial, y, por otra, a esa vocación irracionalista, de fecha lejana, que sordamente, pero con atorradora seguridad, va minando los fundamentos de nuestra auténtica cultura occidental? Admito en los pueblos como en los individuos, un instinto neurótico hacia el suicidio; ¿no será el existencialismo el instrumento que inconscientemente ha sido aceptado para consumir ese suicidio? Tales son las reflexiones que muchos pensadores alimentan ante el hecho de la filosofía existencial. Sin embargo, esto sería probable si el existencialismo nihilista fuera el único existencialismo. Pero no es así; la filosofía de ese signo podrá ser la más pujante, pero no es la única. Y es lo que veremos en el estudio que ahora comienzo.

Con la filosofía existencial se ha cometido un error, por otra parte muy frecuente: el de haberle negado todo, el de haberle desconocido todo lo bueno que ella tiene. Y para vencer a un enemigo, hay que empezar por reconocer lo bueno, lo positivo, que él pueda tener. Con el existencialismo se ha seguido un camino puntualmente contrario a éste. Pero ha triunfado en una u otra forma.

Podemos estar absolutamente seguros de los siguientes puntos: a) el existencialismo auténtico es una filosofía verdaderamente seria, de incontable profundidad; b) el existencialismo se fundamenta en una metafísica cuyo objeto es constituido por las cuestiones metafísicas que trata toda filosofía que merezca el nombre de tal, y c) el existencialismo presenta una variedad muy rica en direcciones, no obstante su común punto de partida: la existencia humana. Si ha habido quien haya puesto en duda el carácter netamente filosófico de la filosofía existencial, habrá que explicarlo por una de estas razones: o por resentimiento personal, o por estrechez en la visión del sistema o por prejuicios extrafilosóficos. La seriedad del existencialismo es indiscutible tal como aparece en sus verdaderos exponentes y no en los que, usufructuando su popularidad lo han puerilizado lastimosamente. Es cierto, en nuestros días se ha extendido a la política, a la literatura, etc., pero, lejos de ser esto una prueba contra esta filosofía, lo es a favor: este hecho se explica precisamente por su enorme fortaleza metafísica.

A últimos de marzo del año en curso, se celebró un congreso de filosofía en la Argentina, el cual, por la concurrencia de sabios de todo el mundo y por los temas allí tratados, bien puede ser tomado como un congreso netamente mundial. Pues bien, en el material discutido en dicho congreso no aparece ni rastro de las filosofías que ayer eran aún tenidas como la última palabra, por ejemplo, la de Dilthey, la de los valores, la de Bergson, etc.; todas esas corrientes han sido ya suplantadas, al menos como sistemas, por el existencialismo, el cual constituyó el centro de los filósofos asistentes.

Si cierto es que hay un existencialismo serio que niega lo que hasta ahora pocos se atrevieron a negar, y ninguno con la maquinaria metafísica con que lo hace él; cierto es igualmente que hay otro existencialismo, en el mismo plano que el de aquel, que afirma lo que el otro niega. Por esta razón el existencialismo integral, en su forma negativa como en la afirmativa, presenta una urgencia singular: la esencia de nuestro ser deviene el objeto primordial de sus reflexiones filosóficas, a una con sus posibles o necesarias proyecciones. Para darse, pues, cuenta, del existencialismo integral, me parece de extraordinaria importancia el estudio, o, cuando menos, la noticia de las principales corrientes existencialistas con sus respectivas notas diferenciadoras. Por otra parte, si el existencialismo es señal de nuestro tiempo, lógico será considerarlo con seriedad, ya que nuestro tiempo, por sus acerbos dolores, por su íntima tragedia, no se abandona a lo trivial, sino que sus ansias —pese a ciertas apariencias que insinúan lo contrario—, sus ansias por lo profundo son bien evidentes. Y esos anhelos, ¿quién o qué los podrá satisfacer? Quien tenga la pequeña dosis cerebral, necesaria para no encandilarse por cuatro o cinco oropeles que hacen de políticos y se autodenominan

rectores de pueblos, no podrá negarme que hoy quien da la pauta y formula los problemas radicales de la humanidad es, como siempre ha sido, la filosofía, pero una filosofía consciente, nacida de la intimidad del sabio puesto en soledad.

Las precedentes consideraciones justifican el que hoy emprenda una sinopsis del existencialismo en una serie de artículos que irán apareciendo en esta revista ECA. El plan general del presente estudio es el siguiente:

- a) Historia de las principales corrientes existencialistas.
- b) Existencialismo pagano alemán: Heidegger.
- c) Existencialismo pagano francés: J. P. Sartre.
- d) Existencialismo cristiano: Gabriel Marcel.
- e) Existencialismo cristiano: Javier Zubiri.

Con estos apuntes, confío en que el lector llegará a formarse una imagen bastante aproximada de lo que se entiende por existencialismo.

II

Principales corrientes existencialistas

Hegel, el gran genio metafísico, que de manera tan extrema presidió las especulaciones filosóficas de los centros intelectuales más influyentes del siglo pasado, fué quien, a través de

una violenta y polivalente reacción, provocó el existencialismo: su panlogismo es el extremo opuesto a la filosofía existencial. Este movimiento no quiso adoptar un término medio como el

que insinuaba nuestro gran Balmes con las palabras siguientes, en las cuales no creo se haya reparado lo bastante: «No hay filosofía —escribe— sin filósofo; no hay razón sin ser racional; la existencia del yo es, pues, una suposición necesaria... Por mi parte no quiero ser más que todos los hombres; no quiero estar reñido con la naturaleza; si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio a la filosofía y me quedo con la humanidad». (Filos. Funda., lib. I, cap. 34).

Contemporáneamente a Balmes, el gran pensador danés, Soren Kierkegaard, colocóse consciente y calculadamente en un plano de absoluta oposición a Hegel; puede afirmarse que arremete contra el filósofo alemán con un acento de enemistad personal. Su «manifiesto» existencialista lo hallamos principalmente en su tratado acerca de «El concepto de la angustia», traducido a casi todas las lenguas sabias y, en los últimos tiempos, repetidamente editado en todas ellas. Nadie ignora ya la importancia de este libro en lo que se refiere al existencialismo; por confesión expresa de los más conspicuos autores que militan en esta dirección filosófica, sabemos que él ha sido el motor de su inspiración; más aún, muchos de aquéllos que, sin declararse existencialistas, adoptan una actitud hostil frente a los sistemas filosóficos cerrados y acabados, todos aquéllos que entienden la filosofía desde el hombre y para el hombre, la filosofía como algo que se hace, que deviene, el pensador danés es su guía y «El concepto de la angustia», la fuente de su inspiración.

Su punto de partida es éste: Anteponer con absoluto rigor la existencia a la esencia; el problema de ésta es

accesorio frente al problema de la existencia, la cual es lo que deberá constituir el objeto de la filosofía, y no la Lógica, como defiende y lo realiza Hegel. La existencia no es nada abstracto, es eminentemente concreto, es «mi» existencia, es mi persona, pues el hombre no es un ente lógico, sino un existente concreto; esta existencia posee un fondo de irracionalidad; la razón, en cambio, es algo que lleva consigo la existencia pero queda en la periferia ésta, sin penetrarla ni secundarla. Kierkegaard (1813—1855) escribió varias obras, filosóficas y literarias, pero hay que hacer notar respecto de estas últimas que no son otra cosa que experiencias, vivencias, de las ideas que en sus tratados filosóficos concretó como posibilidades de «su» existencia. Algo parecido a lo que actualmente está realizando el existencialista francés, Sartre.

Otro de los pensadores que dieron origen a la actitud existencialista, y en el cual ahora empiezan a reparar los que desean aclarar las fuentes de la misma, es Stirner (1806—1856), su verdadero nombre era Johann Kaspar Schmidt. También él es un antihegeliano como Kierkegaard, aunque perteneciente a lo que se dió en llamar «hegelianismo de izquierda». En su principal obra, base filosófica también del anarquismo, «El Único y su propiedad» discurre en torno al «Único», a su Único, de manera harto semejante a como Kierkegaard lo hace con respecto a «su» existencia; el Único no es ninguna abstracción, ni se le puede incluir en ningún género ni especie, sino él es el único, el que no puede llegar, sin su menoscabo, a formar parte de nada, ni de la humanidad, ni de institución alguna. Su crítica a Hegel presenta sorprendentes semejanzas con la del pensador danés.

Se sobreentiende que el existencialismo moderno —el de nuestros días— no se haya originado inmediatamente de Kierkegaard ni de Stirner; las teorías de estos pensadores tuvieron necesidad de amplios y vigorosos rodeos antes de presentarse el existencialismo en su actual estructura. Como la subjetividad es el nervio de la filosofía existencial, es evidente que hay que vincularla con la filosofía de Kant, lo cual tendremos oportunidad de demostrarlo en el curso del presente esquema: Heidegger en muchos puntos esenciales de su sistema no ha hecho sino ampliar el sistema kantiano. Junto a Kant hay que citar, y como fuente más próxima, al vitalismo en sus tan diversas facetas; vitalistas hay que son extraordinariamente afines —y aun le sobrepujan— a Kierkegaard, como el español Miguel Unamuno como bien se ve a través de los capítulos de su principal obra filosófica «El sentimiento trágico de la vida». Los jalones del camino por donde nos vino el existencialismo, son el vitalismo de Dilthey y el vitalismo ruso que bien puede ser datado desde Vladimiro Solovieff, al que deberá ser vinculada la corriente existencialista rusa contemporánea; tampoco pueden olvidarse los que se adscribieron a la filosofía de los valores, sobre todo, los fenomenólogos, como Max Schleier, que siguen de cerca o de lejos —pero nunca muy lejos— a Nietzsche. Es cierto que el fundador de la fenomenología, Husserl, desautorizó a todos estos pensadores, tanto axiólogos como existencialistas, con su idealismo positivista defendido en sus «Meditaciones Cartesianas», pero la fenomenología como método preside indudablemente a los existencialistas.

Todo lo sustantivo y más o menos permanente que hallamos en el vitalis-

mo lo reencontramos en el existencialismo; la fenomenología y el historicismo, singularmente de Dilthey, han contribuido decisivamente a darle la estructura que aquél presenta ahora. Así lo demuestra el caso de Ortega y Gasset, a quien a través de toda obra filosófica hallamos enfilado claramente hacia el existencialismo; otro tanto ocurre con M. García Morente. La fobia de la actual filosofía contra la sustancia y también contra la esencia —aunque lo contradiga el caso de los fenomenólogos— ha dado como legítimo producto la tesis fundamental del existencialismo; la supervalorización de la existencia sobre la esencia. Y si esto no quieren decir los filósofos «actualistas», difícil es entender qué es lo que defienden.

No pretendo afirmar que el historicismo y el temporalismo de Dilthey, lo mismo que el de Bergson, hayan sido interpretados con fidelidad por los principales existencialistas; lo que únicamente deseo acentuar es que de ellos han recibido enormes sugerencias, tanto que el mismo Heidegger ha confesado lisa y llanamente que su sistema es una prolongación del sistema de Dilthey, aunque, claro está, el punto de referencia del existencialismo es la existencia concreta, mientras que el de Dilthey es la humanidad, las estructuras históricas de la humanidad.

Vengamos ahora a la sumaria determinación de las corrientes netamente existencialistas.

La primera, no sólo cronológicamente, sino también por su importancia intrínseca, es la alemana, cuyo representante indiscutible es Martín

Heidegger. Sus principales obras son: «Ser y Tiempo», verdadero fundamento del moderno existencialismo; si éste posee una metafísica, débese a esta obra, que dicho sea de paso, permanece incompleta ya que sólo tenemos la primera parte —publicada en 1927—, no obstante haber tenido varias ediciones. Por lo que he podido recoger, la continuación de esta obra aparece cada día más problemática, pues su autor se ha orientado hacia otras actividades menos trascendentes en los últimos años, quizá por haber vivido muy intensamente su nihilismo. A esta obra hay que añadir las siguientes, todas ellas más cortas pero algunas muy importantes para conocer los derroteros ulteriores de este pensador existencialista: «¿Qué es metafísica?»; «Kant y el problema de la metafísica»; «La esencia del fundamento»; «Heidegger y la esencia de la poesía», y «La esencia de la verdad», una conferencia dada por su autor en varias partes de Alemania y publicada no en alemán sino en francés.

En lo que hace al existencialismo alemán, después de Heidegger viene en importancia Karl Jaspers (nacido en 1883). Este noble autor, insatisfecho de las conclusiones del psicoanálisis, desprendióse de las ciencias para elaborar una metafísica que comúnmente se denomina «existencialista», pero presentando ciertos aspectos que la distinguen del existencialismo corriente, quedaría mejor calificada como existencialismo «trascendental». Indudablemente, Jaspers imprime una marca a

la filosofía existencialista muy distinta de la que construyó Heidegger, ya que su fondo es la «trascendencia, mientras que el heideggeriano es la «trascendencia». Creo que este autor puede originar un existencialismo francamente antinihilista. Sus obras principales son: FILOSOFÍA: I Orientación filosófica en el mundo; II Elucidación de la existencia; III Metafísica.— «Razón y existencia»; «Filosofía de la existencia»; «Ambiente espiritual de nuestro tiempo».

Existencialismo ruso, Aunque no escribiera de filosofía, el gran novelista Feodor Dostoiewski ha sido, mediante la vida crepuscular e inconsciente de sus personajes novelescos, el impulsador de la reflexión filosófica de muchos pensadores rusos. Citemos —y ya en un plano netamente filosófico— a Vladimiro Solovieff, uno de los sabios más excelsos que la Rusia del siglo pasado produjo. Dejando aparte a Lossky y a Bulgakov, enquistados en un idealismo más o menos místico, pueden ser citados como existencialistas León Chestov (su apellido era Schwartzmann), quien fundamentó su filosofía sobre la desesperación, y, sobre todo, Nicolás Berdiaeff. De este pensador ruso, que vivió la mejor parte de su vida como refugiado en Europa y que murió en 1947, hay que afirmar que fué uno de los sabios más eminentes de nuestros tiempos. Alternó en todas las grandes discusiones filosóficas con los sabios europeos y dejó una cantidad apreciable de obras. Partiendo de un neokantismo modera-

do, terminó en un verdadero existencialismo, hacia donde ya desde su juventud había sido enfocado por Dostoiewski, como lo confiesa en su obra «El credo de Dostoiewski». Se conectó con todos los grandes círculos intelectuales y con todas sus doctrinas, terminando por ser un eximio existencialista, aunque —eso sí— muy original. Algún día confío en realizar el propósito de escribir detenidamente sobre este noble pensador. Sus obras principales son: «Una nueva Edad Media»; «El sentido de la creación»; «El sentido de la historia»; «El destino del hombre»; «Cinco meditaciones sobre la existencia».

Paralelas a las corrientes anteriores, tenemos la francesa, en sus dos direcciones: la atea, encabezada por Sartre, y la cristiana, dirigida por G. Marcel. En España, en torno a Javier Zubiri, se ha desarrollado también una corriente existencialista cristiana que promete ser muy fecunda. En Italia, Pastore y Abbagnano encabezan un existencialismo recargado de irracionalismo y dirigido contra el neohegelismo.

(CONTINUARA).

Costa Rica
a 15 de agosto de 1949.

